

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 1'00 ptas.
 Suscripción: España, un trimestre . . . 1'00 »
 " Extranjero, " 1'50 »

18 de marzo de 1871

La Comuna de París

Ha tres años que la Francia se halla en un estado parecido, aunque peor, al de 1870-71.

Hoy como entonces, el mismo Estado enemigo ha invadido su territorio, amenazando caer sobre París; hoy como entonces, peor que entonces, el pueblo francés, como el pueblo alemán, con el aditamento de otros pueblos arrastrados, han sido víctimas del más feroz militarismo dominante en todas las naciones y al servicio de las ambiciones y del orgullo de los gobernantes y del capitalismo.

Entonces el pretexto de la guerra fué el ofrecimiento de la corona de España al príncipe Leopoldo de Hohenzollern, que las Cortes españolas le ofrecían. Ahora ha sido el atentado de Sarajevo, como hubiera sido otro futil pretexto cualquiera a no efectuarse aquel.

En 1870, Napoleón III necesitaba, ante el movimiento inquietante del proletariado revolucionario, una guerra para continuar el dominio de la Francia, disputando a Prusia el poderío de Europa; en 1914, la necesitaban los parientes Guillermo, Francisco José, Jorge y Nicolás emperadores, para disputarse el dominio del mundo y anular el empuje del socialismo revolucionario.

En honor del proletariado organizado de Francia en aquel entonces, debemos hacer constar que protestó contra la guerra en un notable y vibrante manifiesto dirigido a los españoles y alemanes y a todos los trabajadores en general. Este manifiesto fué contestado, con el mismo espíritu, a sus hermanos de Francia, por los trabajadores de Alemania y de España.

Pero desgraciadamente entonces como ahora, el número de trabajadores que comprendían sus verdaderos intereses no eran la mayoría; y no pudieron evitar que la guerra estallase, corriendo inútilmente a la muerte millares de proletarios para satisfacer la ambición de los tiranos y su predominio sobre el pueblo. Sin embargo, en 1914 hay que confesar la vergüenza de que los «intelectuales» del socialismo en general, no sólo no hicieron nada tendente a hacer fracasar los propósitos guerreros de los tiranos, sino que han venido favoreciéndolos con declaraciones y determinaciones claudicantes.

Pero... dejemos esto.

Proclamada la república en Francia en 4 de septiembre de 1870, a consecuencia del desastre de Sedán, la tirantez entre el pueblo y el Gobierno manifestábase cada día más a consecuencia de los desaciertos de los gobernantes que no vacilaban en cometer toda clase de infamias para aniquilar el espíritu liberal del partido popular organizado en París y que pedía: elección inmediata de municipios; organización y armamento de batallones populares; supresión de la prefectura de policía; declarar la magistratura electiva, responsable y revocable; supresión del presupuesto de cultos, y abolición de leyes represivas, restrictivas y fiscales, referentes a la prensa, al derecho de reunión y asociación. El Gobierno no quiso admitir estas sencillas reformas, y esto dió pie a una organización popular de comités de distrito, que más tarde, ante la idea y la necesidad de implantar una organización comunal y expansiva, tomó el nombre de «Federación revolucionaria de los municipios», en sustitución del Estado imperante y como medio de salvación común, asegurando las libertades y derechos populares y haciendo frente a la invasión alemana.

Y tras las continuas persecuciones y prisiones de los hombres más activos del movimiento revolucionario, después de mil farsas y pactos con el enemigo con tal de conservar el poder, llegó el 18 de marzo, proclamación de la Comuna, en sustitución del Estado burgués.

La lucha fué terrible. Pero la Comuna de París sólo fué una etapa grandiosa hacia la emancipación de los pueblos. Los tiempos no

eran todavía los tiempos definitivos. La Comuna fué una reclamación violenta de todos los bienes usurpados, de todos los derechos ahorrados en las bastillas. París ardió entre el estruendo de la revolución, como una enorme hoguera en la que se calcinaba el viejo mundo, como una hornalla en la que se fraguaba la nueva humanidad.

El Gobierno francés, con Thiers a la cabeza, habíauplicado a Bismark le devolviera un gran número de soldados prisioneros para combatir a los comunistas, a lo que naturalmente accedió Bismark, pues ambos gobiernos beligerantes temían el auge revolucionario, y suspendieron sus hostilidades para aplastar al pueblo que combatía contra uno y otro enemigo.

Con los soldados que Bismark devolvió al Gobierno y dueño éste del fuerte del monte Valeriano, el más formidable que dominaba París, pudo la burguesía representada por Thiers, vencer la revolución comunista después de dos meses de lucha terrible.

Además, los alemanes, aliados con el Gobierno francés, contribuyeron al éxito de los privilegiados de Versalles, impidiendo la introducción de viveres en París, la construcción de obras de guerra en Montmartre y la comunicación con las provincias. Por esto último no sucedió lo que los comunistas esperaban: ser secundados por las provincias y envolver a Versalles.

Describir las heroicidades de los comunistas, que constituyen una epopeya, es tarea que no cabe en un artículo, ni está en nuestro propósito hacerlo en esta conmemoración de aquella gigantesca lucha contra el despotismo, cuyas circunstancias son hoy, después de 46 años, muy peores que las de aquel entonces.

Sólo diremos que, para mostrar al mundo su grandeza, aun en su agonía, la Comuna acordó derribar la columna de Vendôme, que cayó con estrépito entre los aplausos del pueblo. Con esto decían a los hombres de todos los países: son una infamia las conquistas guerreras de los tiranos: bendicid las revoluciones, que son el progreso y la libertad.

La insurrección del pueblo de París fué el epílogo de la guerra franco-alemana en 1871.

¿Cuál será el epílogo de la guerra actual? ¿Consentirán los pueblos la continuación del gran crimen que lleva ya cerca tres años de perpetración?

Nosotros, los que proclamamos el advenimiento de una nueva edad histórica, decimos a los hombres y a los pueblos:

¡Basta ya de guerra para la perpetuación de la tiranía y del privilegio! ¡Que la violencia de la guerra se convierta en violenta revolución! ¡Que la sangre derramada sirva para anular lo pasado y lo presente, abriendo camino al porvenir!

Si entre lágrimas y sangre se ha de conquistar el derecho de los hombres y la libertad de los pueblos, ¡seal pero para alcanzar el soñado término del universal dolor.

El pueblo de París supo erguirse contra sus verdugos propios y extraños, contra el enemigo interior y exterior en 1871.

¡Pueblos de Europa! ¡imitadlos!
 ¡Pueblos del mundo! ¡Tened la conciencia de vuestra fuerza!

Las Ideas

La idea es, según mi concepto, la consecuencia directa de la organización psíquico-química de la materia. Se manifiesta en un punto determinado del interior orgánico, conjuntamente y relativamente al todo del cual se determina.

Así, pues, las ideas del individuo no pueden ser ni *dejar de ser* sin las apremiantes necesidades de modificaciones naturales en la organización individual.

Dos caben ser las inclinaciones de las ideas:

1.ª Modificación de las ideas, *dejar de ser*.

2.ª Acentuación de las mismas, *ser*.
 Primera inclinación de las ideas: *Dejar de ser*.

Tres causas principales pueden originar este caso: Psíquica, Moral y Patológica.

Psíquica: Simple manifestación interna prematura de un futuro positivo. *Deja de ser*, por incompetencia material a una práctica desconocida; por influencia interior y superior a la voluntad de un pasado desastroso y de negación progresiva, anulando con ella las manifestaciones ideales, conocido por atavismo psicológico.

Moral: Influencia exterior agena a la voluntad; representación del pasado y negación educativa-social del futuro. *Deja de ser*, por incompetencia personal para luchar con fuerzas exteriores y en todo superior al ser, resultando la anulación de la propia personalidad, conocido también con el nombre de contagio.

Patológica o estructural: *Deja de ser*, por predisposición congénita a una asimilación de efectos con caracteres tendenciosos.

Segunda inclinación de las ideas: Acentuación de las mismas: *Ser*.

Exposición unipersonal de la perfección.

Se manifiesta la perfecta reciprocidad de materias asimilables, necesarias a las consumidas por el funcionamiento de la organización material a las necesidades idealísticas preconizadas.

Bellas flores que brillan por su esplendor y de las cuales se halla casi huérfana la historia de la humana intelectualidad.

Faro luminoso que, destacando su portentosa luz, conduce al viajero que, luchando perdido en el oceano inmenso de las tinieblas, busca noblemente el puerto salvador enclavado en las altas regiones del ideal.

Predestinados para la ascensión, no retroceden ni por nada ni por nadie.

Se les llama también héroes, porque dotados de una voluntad inquebrantable, siembran y esparcen con pródiga mano la fructífera semilla del futuro anhelado por la razón y la justicia.

...Salvochea, Ferrer, Práxedes Guerrero, Anselmo Lorenzo, etc., son ejemplos palpitantes de ello.

La malpiedad humana, personificada por el oscurantismo retrospectivo, con perfidia insana, se expansiona con ensañamiento cruel sobre este campo, como residuos inherentes en el hombre de su pasado salvaje.

La sociedad anarquista, establecida un día, romperá todos los obstáculos que impiden el libre desenvolvimiento de las ideas.

MANUEL VIEJO

Los Intelectuales

Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma.
 Montaigne

La guerra ha provocado muchos quebrantos y el más completo es el de los «intelectuales». Sin duda, los espíritus no cegados por excesivas esperanzas no ignoraban la posibilidad del conflicto actual, en el que la preparación febril era extensamente evidente. Pero parecía imposible, aún a los más pesimistas, que tales propósitos pudieran realizarse sin que el pensamiento humano, por boca de sus mejores representantes, no formularse su protesta.

Que todos, pensadores, sabios, artistas, en todas las naciones en lucha, comulgasen en el odio y el fanatismo nacional y se hiciesen auxiliares del poder, nadie antes de agosto 1914 lo hubiera podido creer; ¡tan absurda y odiosa parecía esta hipótesis!... Así, las manifestaciones sucesivas de las diversas preferencias intelectuales de Europa han suscitado cóleras e indignaciones apasionadas. Los raros, muy raros «intelectuales»: Romain Rolland, Forster, Bernard Shaw, Russell, habiendo pronunciado algunas palabras de razón y buen sentido, han visto agruparse a su alrededor las simpatías de cuantos sufrieron el rudísimo golpe de ver envilecida y prostituida la ciencia y la inteligencia, precisamente por aquellos tan altamente colocados en la escala de los

seres y que al parecer representaban la excelstitud del pensamiento. Los partidos avanzados, las oposiciones organizadas, pasándose al enemigo con armas y bagajes, es decir, con sus militantes y su influencia, renegando su razón de ser y su programa, era cosa concebible, porque los inclados no ignoraban el predominio de la política «realista» y del reformismo en las preocupaciones de este proletariado «organizado» y en sus mismos caudillos. Pero ver derrumbarse el día de la gran prueba la confianza y la esperanza acordada a los «intelectuales» que nos parecían los más próximos, ideológicamente hablando, esto ha dejado a muchos de los nuestros desamparados y sin ilusión.

..

Indudablemente, un corazón ardiente y entusiasta que se apasiona por una obra querida y admirada, dedica fatalmente una parte de este entusiasmo y de esta admiración al autor. Cuando éste se queda por debajo de lo que la obra prometía, resulta una amarga decepción. Nosotros no nos extrañamos de ver a todos estos achacosos académicos explotar «la epopeya napoleónica», «el año terrible», las esperanzas de revancha, la regresión a las tradiciones, la idea de «la más grande Francia» y la gran batahola presente, como se explota una mina muy productiva; de ver todos estos periodistas considerar la gran guerra como un gigantesco «sucedo» que les proporcionaría prosa abundante y bien retribuida; de ver todos esos literatos de novelas folletinescas y de cine, recortar la actualidad trágica en páginas de substancioso valor. Daban, en efecto, la nota adecuada a la bajeza de su espíritu, a su venalidad y a su nula intelectualidad. Pero al ver indignado a Anatole France (de cuyo neopatriotismo se pudo dudar) correr a la más próxima oficina de reclutamiento, nos parece cosa tan estúpida como el famoso manifiesto de los 93, firmado también por Haeckel y Ostwald. Y cuando el cansancio se infiltró en las masas y se tradujo por Zimmerwald, ¡qué vergüenza sufrimos al ver a los que se llamaron los «anarquistas intelectuales» poner sus nombres, su influencia, la irradiación de su pasado, al servicio de lo que combatían toda su vida! Los que nos habían enseñado a conocer el «papel histórico del Estado», los orígenes políticos y económicos de las guerras, la potencia del «espíritu de rebeldía» y sus justificaciones; los que nos mostraron la sociedad «muriente», incitándonos a ser los infatigables sepultureros, tradujeron su última abjuración en este famoso manifiesto que será para sus firmantes una perenne acusación...

Así todos, o casi todos: historiadores hechos al estudio de los documentos y no pudiendo ya alimentar más ilusiones sobre la exactitud de los testimonios humanos, sabios de laboratorio habituados a la observación científica y a las verificaciones experimentales, filósofos a quienes el estudio de los sistemas hubo de prevenir contra las generalizaciones simplistas y las fiebres colectivas, escritores cuya pluma denunció con frecuencia las «bellezas» del colonialismo, los peligros del imperialismo—hidra de múltiples cabezas—, artistas cuya noción de estética superior no debiera acomodarse a los horrores de la hecatombe; intérpretes, artesanos de la inteligencia, olvidando lo mejor de sus obras, comulgaron en el mismo prejuicio, adoptaron el mismo espíritu de verdad unilateral, se conformaron fácilmente con esta inquisición moral instituida por la comprobación de todas las producciones intelectuales y descubrieron en la Gran Obra nefanda y absurda justificaciones y bellezas.

Todas sus tesis se resumen en un pasaje que merece ser conocido y cuya autora es Madame Annie Besant, «intelectual» de marca, puesto que ha consagrado su vida al estudio del «mentalismo» y del «poder del pensamiento»:

Una violencia exterior ha sido necesaria para impedir a los hombres que cayesen en una indolencia inerte y lujosa, y la guerra, por consiguiente, ha continuado siendo un factor necesario en la evolución humana. La civilización occidental comenzaba a resbalar sobre una pendiente fatal; el lujo y la pereza llevando la sensualidad y ésta la bestialidad, como lo demuestran

las estadísticas criminales alemanas y los viles ultrajes de que se acompañaron los primeros éxitos alemanes. Los sufrimientos, las fatigas y la miseria de estos años terribles devolverán a los hombres la pureza en las costumbres. La frecuencia de las enfermedades venéreas, muestra que la civilización occidental estaba a punto de descender rápidamente la pendiente que conduce a las razas a su destrucción. La guerra ha impedido a las naciones occidentales ser ahogadas por este fango y nada más hubiera podido salvarlas. Hasta que las razas más avanzadas, a lo menos, hayan evolucionado suficientemente para alcanzar un punto que las impida caer de nuevo en la abyecta impureza, la guerra será necesaria para devolver al hombre su dignidad.

(*Revue theosophique*, agosto 1916.)

Escuchad ahora al doctor Blondel, notable escolapio:

En una palabra, el aislamiento económico que se organiza actualmente contra Alemania, deberá tener su equivalente en el dominio científico. No más productos alemanes. Ningún contacto con los sabios alemanes. Indice contra las estaciones termales y las instituciones alemanas.

...Y en cuanto a las asociaciones internacionales, para simplificar el procedimiento, dimisión de todos los miembros de las naciones aliadas y constituciones nuevas en las que no sea admitido alemán alguno.

(*La Revue*, 15 agosto 1916.)

¡He ahí la actitud «intelectual»! La guerra necesaria, fatal, útil, purificadora, regeneradora, el hombre expiando su pecado original en la sangre y el lodo; el dolor inútil y estúpido glorificado y exaltado líricamente; los hechos más evidentes negados, desnaturalizados y callados cuando la *razón de Estado* lo exige... Alimentar perpetuamente el odio y la matanza por una persecución sistemática, mucho más odiosa en el plano intelectual que en el material y como dice «nuestro poeta» Bizeau:

...Empolvar de oro las fúnebres alas
 Que abre a plena luz la mentira humana...

He aquí su obra y el papel que desempeñan voluntariamente. Verdaderamente no podemos vanagloriarnos de los «intelectuales».

..

Pero su actitud ¿es verdaderamente tan extraña, nueva e inesperada? Nos ilusionamos demasiado sobre el papel emancipador de la cultura y sobre el valor real de sus representantes, porque confundimos la ciencia con la conciencia. Igual que el cándido colegial se imagina que su poeta preferido está dotado de los más perfectos atributos físicos, nosotros concedemos generosamente a la aristocracia intelectual una energía y una clarividencia en razón directa con sus obras que creemos identificadas de un modo absoluto. Pero la regla es general: se concibe fácilmente, mas el pensamiento no se realiza lo mismo. El que en la práctica se somete a todas las imposiciones, aún a las que mejor pueden evadirse, puede intelectualmente poseer todas las audacias. El «intelectual», ordinariamente especializado hasta el extremo, (una de las consecuencias de la cultura moderna) fuera del terreno explorado diariamente, continúa sin contacto directo con la realidad, con el tacto. Resulta, por tanto, una hipertrofia de la vida interior. Las abstracciones, las entidades, fórmulas cómodas pero peligrosas, acaban por substituir a las adquisiciones diarias de la observación. El corazón y el cerebro se desecan. El contacto exterior se pierde, mas el medio ambiente no pierde sus derechos. Violentamente el atavismo, la herencia, la educación original ascienden al primer plano, cuando una fiebre colectiva les impulsa con el rumor de los pueblos reunidos. Para reaccionar, es preciso ser un «carácter», pero la fuerza de carácter no acompaña siempre a la intelectualidad. Las adquisiciones científicas, el desarrollo de la inteligencia, proporcionan al individuo medios de conciencia, pero no constituyen toda la conciencia ni confieren por sí solos la energía y la voluntad. Generalmente el individuo se abandona y entonces quiere justificarse. Porque el «intelectual», habituado a analizarse y a exteriorizar su yo, no consiente en ser engañado ni en engañarse actualmente. Su orgullo de hombre admirado, aplaudido al menos por un cierto número, se opone. Extrañado de sentirse tan